

An abstract graphic consisting of several thin, white, parallel lines that originate from the bottom left and extend towards the top right, creating a sense of movement and depth against the dark green background.

RETO FILOSÓFICO

En: Filosofía en la calle. Eduardo Infante

#FiloReto_3

¿TIENE IMPORTANCIA
QUE TU PAREJA

FISGUE
EN TU MÓVIL?

J. S. Mill.
Lévinas

¿Tienes pareja? ¿Lleváis mucho tiempo de relación? ¿Existe confianza entre vosotros? ¿Te fías plenamente de él o ella? ¿Alguna vez te ha pedido que le dejes el móvil para curiosear tus fotos o mensajes? Si lo hiciera, ¿se lo permitirías? ¿Le dejarías las claves de tus redes sociales?

Imagina esta situación: te encuentras con tu pareja en un restaurante italiano compartiendo una *pizza*; con las manos pringadas de tomate y *mozzarella*, conversáis tranquilamente sobre cómo os ha ido la semana. Llevas más de un año con esta relación y te encuentras cómoda en ella. Te gusta compartir la vida con otra persona. Te levantas para ir al servicio y, cuando vuelves, pillas a tu novio con las manos en la masa: está fisgando en tu teléfono. Le preguntas qué está haciendo y él te responde que no tiene importancia, que, dado que sois pareja, podéis confiar el uno en el otro y compartirlo todo.

¿Tiene derecho a hacerlo? ¿Por qué debes demostrarle tu confianza? ¿Tener pareja implica renunciar a cotas de libertad? ¿Dónde empieza tu libertad y dónde termina la de él? ¿Existe algo más valioso que la libertad?

Libre te quiero, pero no mía

Si ha habido un filósofo que ha reflexionado sobre la importancia de la libertad, ése ha sido John Stuart Mill (1806-1873). Este pensador tuvo una infancia complicada. Su padre quería convertirlo en un genio y por eso lo apartó de los otros niños, le prohibió jugar, le planificó una estricta rutina de clases particulares y lo obligó a mantener conversaciones con todos los adultos

que eran brillantes en su campo (médicos, músicos, científicos, filósofos, etcétera). El estricto programa pedagógico diseñado por su padre pudo ser una de las razones por las que Mill defendió la libertad por encima de todos los demás valores. Su padre consiguió convertirlo en un niño prodigio: con tan sólo seis años escribió una historia de Roma; a los siete leía los diálogos de Platón directamente en griego, y a los doce ya era todo un erudito en matemáticas y ciencia.

Si comparas tus conocimientos con los de Mill, puede que te mueras de envidia, pero si sigues leyendo comprenderás que, posiblemente, sería Mill quien te envidiaría a ti, porque a los veinte años sufrió una profunda depresión que le hizo sentirse solo y desesperado. Ninguno de los conocimientos que había adquirido le sirvieron para afrontar esta dura prueba. El amor le devolvió la esperanza cuando apareció en su vida la filósofa feminista Harriet Taylor (1807-1858). Se casaron y, juntos, trabajaron por defender la libertad de todos los seres humanos que se encontraban en una situación de opresión. Defendieron a las mujeres frente a un sistema patriarcal que las oprimía. Lucharon por el sufragio femenino, la abolición de la esclavitud, la incorporación de las mujeres al trabajo y los derechos de los trabajadores.

Hechas las debidas presentaciones, vamos ahora al caso que nos ocupa: tu móvil, tu pareja y tú. Mill lo tendría muy claro: para que los miembros de una sociedad (y tu pareja es una) puedan alcanzar las mayores cotas de felicidad, es necesario que se respete el máximo de libertad posible de cada uno de sus componentes. En cualquier tipo de asociación, toda persona ha de ser libre, siempre y cuando esto no obstaculice la libertad de los demás. Esta libertad no sólo aseguraría el desarrollo y la felicidad del individuo, sino también el de la sociedad a la que el individuo pertenece. La razón es que toda sociedad se enriquece más cuando más libres son los miembros que la integran. En conclusión: no sólo no deberías permitir que tu pareja fisgue en tu móvil porque eso va contra tu libertad, sino porque dicha acción empeorará irremediamente vuestra relación.

Deberías hablar con tu pareja y hacerle entender que cuanto más libres os sintáis los dos, más próspera, feliz y duradera será vuestra relación. Si intenta justificar su conducta afirmando que lo hace por ti, para protegerte, porque te quiere, etcétera, no caigas en la trampa del chantaje emocional y mantén la cabeza bien fría. La libertad, en lo que te concierne sólo a ti, es absoluta. Tú eres el único soberano sobre tu mente, tu propio cuerpo y tu propiedad. A no ser que hayáis comprado el móvil a medias, tu pareja no tiene ningún derecho a usarlo sin tu permiso.

Mill elaboró el «principio de daño», una fórmula para determinar cuándo alguien está legitimado para restringir tu libertad y que puede resumirse así: cualquier limitación de la libertad individual debe ejercerse sólo cuando se produzca un daño evidente para otro individuo o para el conjunto de la sociedad. Si no lo hubiere, nadie tiene derecho a entrometerse en el ejercicio de la libertad de ese individuo. La razón que fundamenta este principio es que los juicios sobre qué es beneficioso para cada uno resultan siempre subjetivos (para comprobarlo piensa en la ropa que tu madre te elegiría para salir de fiesta y la que, afortunadamente, terminas escogiendo tú).

Apliquemos el principio de daño al siguiente ejemplo: imaginemos que mi vecino decide poner reguetón a todo volumen y me impide así concentrarme para escribir esta página que ahora estás leyendo. Es su casa y es su equipo de música, pero ¿tiene derecho a hacerlo? No podemos afirmar que la acción que está llevando a cabo mi vecino sea privada, puesto que las consecuencias recaen sobre mí. Escuchar, sin haber dado mi consentimiento, la lista de reproducción «Reguetón-a tope-verano mix» causa un daño del que no sé si podré reponerme. El principio de daño determina que mi vecino no tiene derecho a hacer del patio de luces de mi edificio un *afterhours* y que, por tanto, puedo denunciarlo a la policía para que el Estado proteja mi libertad a no escuchar lo que él considera música.

Si aplicas el principio de daño a tu caso, te darás cuenta de que tu pareja no tiene derecho a fisgar en tu móvil sin tu permiso.

Ahora bien, ¿qué ocurriría si no lo hace a tus espaldas y te pide tu consentimiento? Imagínate que un día te dice que, ya que lleváis un tiempo juntos, debéis tener confianza el uno en el otro y que una prueba de ella puede ser dejarle tu móvil para que vea que no tienes nada que ocultar. ¿Qué deberías hacer? Mill te diría que le recuerdes a tu pareja que cuanto más libertad tengáis cada uno, más rica y plena será esa relación. Por el contrario, si intenta controlarte, no sólo te estará perjudicando a ti, sino también a sí mismo. Si tu pareja insiste en que es un gesto de amor que le dejes fisgar en tu móvil, puedes invitarle a leer detenidamente estos versos del pensador y poeta español Agustín García Calvo (1926-2012):

Libre te quiero,

como arroyo que brinca

de peña en peña.

Pero no mía.

Grande te quiero,

como monte preñado

de primavera.

Pero no mía.

Buena te quiero,

como pan que no sabe

su masa buena.

Pero no mía.

Alta te quiero,

como chozo que en el cielo

se despereza.

Pero no mía.

Blanca te quiero,

como flor de azahares

sobre la tierra.

Pero no mía.

Pero no mía

ni de Dios ni de nadie

ni tuya siquiera.

Aprender a acariciar

Emmanuel Lévinas (1905-1995) fue un filósofo que reflexionó sobre nuestras relaciones con los demás. Los acontecimientos más importantes de su vida lo obligaron a enfrentarse al problema del encuentro con el «otro», que a veces es más bien un encontronazo.

Emmanuel vino al mundo en una familia judía de Lituania. Cuando terminó el instituto decidió montar una librería, pero como el chaval era listo, su familia lo mandó a Francia a estudiar filosofía con lo mejor de lo mejor. Lévinas se encontró tan feliz en este país que decidió nacionalizarse francés. Pasaron los años y la vida le sonreía, recibió varios premios, comenzó a publicar sus obras, tuvo éxito profesional, se casó, nació su hija, etcétera. Estaba triunfando por todo lo alto cuando estalló la Segunda Guerra Mundial: lo mandaron a filas como intérprete de ruso y alemán para los Aliados, pero tuvo mala suerte y el enemigo lo capturó y lo encerró en un campo de concentración en Hannover. La experiencia allí lo trastornó, tanto humana como filosóficamente, ya que todo su pensamiento, a partir de entonces, fue una lucha por comprender por qué los seres humanos podemos llegar a realizar lo que los nazis hicieron. Para Lévinas, un campo de concentración es una gran industria donde se aplica la organización más racional y el trabajo en cadena para la irracional tarea de eliminar al «otro».

¿Y quién es el otro? Esta pregunta es fácil de responder en tu caso: el «otro» tiene nombre y acaba de cogerte el móvil sin tu permiso cuando estabas en el baño. La pregunta que no tiene una respuesta tan sencilla es «¿qué es el otro?»; es decir, «¿qué significa ser otro?». Lévinas te diría que el «otro» es el que no encaja contigo, el diferente a ti, aquel a quien no puedes comprender ni asimilar, que no puedes controlar. La presencia del otro molesta y la mayoría de las veces genera conflicto. ¿Por qué ocurre esto? La causa que lo explica todo es que nos negamos a aceptar la diferencia del otro e intentamos destruirla. De

manera casi automática hacemos lo necesario para que el otro se amolde a lo que nosotros esperamos de él. Queremos que se convierta en una prolongación de nosotros mismos y que renuncie a su singularidad. En la maravillosa película *Easy Rider* (*Buscando mi destino*) (Dennis Hopper, 1969) se nos narra la historia de dos jóvenes moteros hippies que emprenden un viaje con sus Harley Davidson* de Los Ángeles a Nueva Orleans. Dos bandarras melenudos que conducen sus motos y viven con libertad acompañados de la banda sonora de *Born to Be Wild* de Steppenwolf cruzan Estados Unidos. En su camino se encuentran con un abogado alcohólico —interpretado maravillosamente por Jack Nicholson— que se une a su aventura. Cuando llegan a la América profunda, las cosas se ponen feas. Aunque ellos no tienen intención de meterse en líos, pues son dos tipos bastante enrollados y pacíficos, su sola presencia perturba a la gente. En una memorable escena, los tres compañeros de viaje pasan la noche a la intemperie, calentándose junto a un fuego.

—Que todo el mundo tiene miedo, eso es lo que ha pasado. No podemos entrar ni en un hotel de segunda, y menos en un motel de segunda... O sí. Creen que los vamos a degollar. Tienen miedo —reflexiona uno de los moteros mientras le da una calada a su cigarro.

—No les dais miedo vosotros, les da miedo lo que representáis para ellos —responde un joven Jack Nicholson.

—¿Ah, sí? Lo que representamos para ellos es que necesitamos un pelao.

—No, lo que representáis para ellos es la libertad.

—¿Qué tiene de malo la libertad? Todo el mundo la quiere.

* Si alguna vez pasas por Milwaukee, no dejes de visitar el Museo Harley-Davidson, porque en él se encuentra una de las motos más famosas del mundo: la Harley-Davidson «Captain America» que Peter Fonda condujo durante la película.

—Sí, desde luego, todo el mundo quiere ser libre. Pero una cosa es hablar de ello y otra muy diferente serlo. Es muy difícil ser libre cuando te compran y te venden en el mercado. Claro que no les digas jamás que no son libres porque entonces se dedicarán a matar y a mutilar para demostrar que lo son. Sí, sí, están todo el día dale que dale y dale que dale con la libertad individual, y ven a un individuo libre y se cagan de miedo.

El final de la película es aterrador. Un par de pueblerinos acaban asesinando a los dos moteros a tiros porque no soportan que éstos lleven el pelo largo. ¿Por qué nos comportamos así? La razón de esta conducta es que, cuando el otro aparece en nuestras vidas, nos descoloca tanto que intentamos comprenderlo, es decir, hacer que encaje dentro de nuestros esquemas, nuestras ideas, nuestro mundo. Pretendemos que el otro sea lo que necesitamos. Querer comprenderlo implica querer controlarlo y, si no podemos hacerlo, lo destruimos. Observa que esto es lo que tu pareja está haciendo contigo: cuando te pidió que compartieses las contraseñas de tus redes sociales no estaba proponiéndote una prueba de confianza para crecer juntos como pareja, sino que intentaba absorberte, anexionarte, destruir tu singularidad. Lo que buscaba esa persona «que tanto te quiere» es que te adaptases a su mundo, a sus ideas, a sus normas. Es parecido a lo que solemos hacer cuando el inmigrante llega a nuestras costas: le pedimos que se adapte, es decir, que destruya lo que lo convierte en otro y pase a ser uno más de nosotros.

Lévinas te aconsejaría que le explicases a tu pareja que existen otras formas de relacionarse con el otro que no implican su destrucción. Para que tu novio lo comprenda mejor puedes usar la metáfora de «la caricia»: para acariciar necesitamos guardar una distancia que impide que haya una apropiación. Compara estas dos imágenes: en la primera, una niña abraza a su perro con tanta fuerza que casi lo ahoga; en la segunda, el animal recibe una caricia suave y la mano va recorriendo su lomo. En la

primera imagen hay posesión, sometimiento y apropiación. En cambio, en la segunda sólo existe un encuentro que le permite al otro seguir siendo él mismo. En la caricia nunca se da el deseo de controlar y de forzar al otro a que se ajuste a mi mundo. Ésta no obliga al otro a perder lo que posee de singular, sino que, en cambio, lo reconoce. En conclusión, dile a tu pareja que deje en paz tu móvil y que aprenda a acariciarte más y mejor.



¿Y tú, qué piensas?

HAZ UNA DISERTACIÓN DE UN MÍNIMO DE DOS PÁGINAS (Times new roman 12, espacio 1,5)

No olvides aportar evidencia de autores y/ o datos